

Badini, Riccardo. *El indigenismo de Orkopata y El pez de oro como obra al negro de la literatura peruana* (Sergio Luján, trad.). Lima: Pakarina Ediciones, 2025, 107 pp.

DOI: <https://doi.org/10.36286/mrlad.v3i6.293>

En primera instancia, consideramos importante la recuperación de los primeros momentos críticos de todo texto como parte de una sincera evaluación metodológica y ética. Esto se refiere a que, con la publicación del libro que reseñamos, se puede entender los pininos de la crítica extranjera sobre Churata y la visión de la crítica peruana en torno a su obra y así realizar un balance de los aciertos iniciales, pero, también, ideas que pueden haberse perdido en el caudal de lecturas, lo cual implica ciertos olvidos y hasta negligencias de lectura. Estas ideas iniciales no solo corresponderían al texto de Riccardo Badini, sino también a una gran cantidad de estudios que, a veces, pecan de rigor en la recuperación y la discusión de las fuentes primigenias. Vale la pena recordar, en ese sentido, el trabajo del primer capítulo del libro *Todas las sangres en debate: científicos sociales versus críticos literarios* (2011), en el cual Dorian Espezuía descubre los entretelones y hasta las traiciones en torno a la lectura de la producción artística de José María Arguedas.

La alegría de la publicación en libro de la tesis juvenil de Badini cumple con esos elementales requerimientos para la crítica literaria actual y para la realización de una metarreflexión sobre cómo se han ido transformando y repitiendo las ideas alrededor de la propuesta estética de Gamaliel Churata; escritor que, por lo demás, tiene un lazo indestructible con Arguedas y quizá ha sufrido los mismos problemas en torno a sus vaivenes hermenéuticos. Pero entrando en materia, la estructura del texto se divide en un prefacio escrito por Elizabeth Monasterios, una reflexión casi 35 años después por parte del autor, la propia introducción del texto juvenil, tres capítulos del trabajo, con su respectiva bibliografía, y un colofón propuesto por el traductor y animador de la publicación, Sergio Luján. Para el interés de esta reseña, dividiremos nuestra apreciación en dos momentos: una que se ciña al texto de investigación de un Badini que ingresaba al universo peruano altiplánico desde Churata y otra en la que se discuta o se comente las lecturas recientes que se vierten en el libro.

En primera instancia, es fundamental entender que Badini procura preparar un marco amplio para aterrizar sus intuiciones sobre el plan churatiano y las concomitancias con su tradición. En el tono alquímico, por eso, el autor del texto plantearía orgánicamente la materia prima y la génesis de la perspectiva indigenista de Puno. Desde esta primera instancia, el joven investigador reconoció con temprana claridad y con prudencia la posible relación entre la obra

de Churata y el surrealismo. Este, sin duda, es un acierto, porque no opta por colonizar al autor que investiga con el fácil recurso de la imposición surreal a cualquier objeto que se despliegue desde las orillas del sueño. Y esto no solo se refiere a la inteligencia de Badini, sino al respeto de la propuesta de Churata, lo que implica una lectura comprometida y poco complaciente a fin de permitir que lo estudiado pueda expresar su postura. Así, el asedio del investigador italiano en círculos concéntricos (p. 32), para llegar al punto central, responde a una elogiada ética de un temprano intelectual. Incluso, aún más, Badini nos permite una entrada al sur peruano como un espacio donde existieron, con antecedencia a los tópicos de la cultura peruana reconocida, propuestas de comprensión de lo nacional en la denuncia de José Domingo Choquehuanca sobre el triple dogal del indígena (el juez, el cura y el gobernador) mucho antes que Clorinda Matto de Turner. Además, se sitúa a Juan Bustamante Dueñas como un antecedente de la crítica gonzalezpradiana sobre la composición de la nación peruana en más de cincuenta años (p. 38). Badini toma las propuestas de José Tamayo Herrera, pero lo importante es la responsabilidad con que resalta el caldo de cultivo para el grupo Orkopata y para el mismo Churata. No se plantea, pues, un escritor *ex nihilo*, y sí, más bien, un artista cultivado en un campo fértil de beligerancias intelectuales y posturas coherentes con el rigor que precisaba el Perú de la primera mitad del siglo XX.

Otro de los aciertos de Badini responde al plan conceptual de su tesis, ya que permite que el uso de ósmosis, en Churata, se pueda desplegar de manera preponderante y con la justicia que venimos felicitando al joven tesista. Evidentemente, este concepto se relaciona con los vasos comunicantes bretonianos, pero se enfatiza la no armonía (p. 50). Vale decir, no se opta por el matrimonio equilibrado en una especie de mestizaje forzado, sino en el interés de que se entienda la posible modernidad de lo andino a despecho del prejuicio del centralismo, el colonialismo, el elitismo o cualquier postura que confine a lo indígena como una imposibilidad. Por el contrario, Badini defiende la interacción (p. 51) e incluso cita el cuento “El Kamili” como un posible antecedente de *El pez de oro* (pp. 60-61), idea con la que sintonizamos plenamente. Además de lo mencionado, cita una carta clave de Churata a Mariátegui en la que aquel declara su cansancio sobre el término “vanguardista” (p. 66). En otras palabras, el autor de *Resurrección de los muertos* tenía muy claro su quehacer y su proyecto de invertir los términos analíticos occidentales; baste el interés de leer “indígenamente” a Eguren (p. 71). Dicho sea de paso, no parece descabellada la idea si nos remitimos a la bibliografía con la cual se relacionaba Eguren por aquella época y que sigue siendo de avanzada para la nuestra: por cita un caso, la filosofía de Whitehead.

En última instancia, y como parte también de los tanteos de Badini, se puede percibir su perplejidad y su limitación ante la “experiencia irracional de la verdad” (p. 76) en Churata; sin embargo, retoma el rumbo cuando consigue ordenarse en que la experimentación lingüística explotaría y extralimitaría (pp. 76-77) lo hegemónico o lo consabido. Toda esta tensión se orienta hacia una visión cósmica de la lengua (p. 81) para el autor de *El pez de oro*, la cual secunda el autor italiano; a partir de ahí se puede, por fin, ordenar lo oscuro en tanto secreto y su fuerza caótica (p. 77). ¿O tal vez el caos tenga que ver con las tensiones que Churata, en su búsqueda estética, transmitió al joven investigador? Puede ser, pero nos parece que sería válido remitir este punto al texto *Caosmosis* (1996) de Félix Guattari como sana salvaguarda y complemento para dialogar con la propuesta badiniana. Esta observación se cimenta en torno a que el periodo lunar del hombre matriarcal (p. 81) es el antiguo orden y, por ende, uno diverso del actual, lo que implicaría que entenderlo por irracional, a fin de cuentas, pertenece a una configuración diferente, la nuestra, y no negativa. Finalmente, el hincapié de la tesis en lo expresivo antes que lo comunicativo (p. 86) nos parece otro acierto temprano de la lectura de Churata, el cual debe ser retomado en contraposición a la costumbre representativa o reflexiva que se les exige inútilmente a las artes. En esa estela, la lectura resulta actual y debe preservarse como patrón para evitar caer en la trampa surrealizante que reconoce Badini acertadamente (p. 86). Se agradece en sumo grado y sintéticamente el respeto procedimental de la lectura que nos ofrece el investigador y sus aciertos que deben ser reconocidos y siempre citados, porque, en última instancia, consiguió valorar la tesis de licenciatura Miguel Ángel Huamán, otro de los lectores importantes y arriesgados de la literatura churatiana. El investigador italiano no pecó de negligente.

El segundo momento de nuestra reseña busca remitirse a “los años después” y cómo estos nuevos lectores piensan junto al texto del año 91. Así, la especialista en Churata, Elizabeth Monasterios, reconoce el valor pionero del trabajo de Badini para la crítica literaria europea sobre Churata (p. 9) y, en segunda instancia, realiza una aserción sobre la que nos gustaría discutir: “No se le escapa al crítico la certera observación de que *El pez de oro* anticipó la búsqueda formal de José María Arguedas por hibridar el sistema lingüístico español con elementos indígenas” (p. 10). ¿Esto acaso significa que el artista es un demiurgo? Dentro del procedimiento de lectura de Badini y del propio Churata, nos gustaría proponer que el artista, al deberse al pueblo, lo que realiza es un proceso de estetización o traslación de la expresión cotidiana. En otras palabras, Churata, Arguedas o Rulfo no indigenizaron el castellano, pues este venía marcado por esa tensión desde la compleja convivencia de los registros

comunicativos. Si insistimos aún más, la denominada hibridación de la lengua no es una genialidad churariana, sino la manifestación de una síntesis disyuntiva, de un agenciamiento inevitable entre la lengua hispana y las lenguas indígenas. Antes bien, podríamos hablar de una validación estética de las formas hibridadas. Sin ir muy lejos en la tradición, vale recordar el temprano reconocimiento de Arguedas sobre el trabajo de Oswaldo Reynoso en *Los inocentes* (1961). ¿Acaso Reynoso “barrializa” el castellano? No, simplemente escuchó bien, afinó el oído y reconoció el valor estético de la lengua barrial. Nos parece fundamental esta discrepancia.

Por otro lado, el Badini actual, en la revisión de sí mismo, afirma la necesidad de la transdisciplinariedad para ingresar a Churata y vuelve sobre su dilema juvenil de lo irracional en dicho autor (p. 15), y nosotros podemos insistir también sobre una pregunta: ¿irracional para quién(es)? La diferencia no implicaría necesariamente algo irracional, sino simplemente una configuración distinta sobre la que el crítico, el lector, debería crear un piso común siempre posible. Curiosamente, el intelectual italiano se responde con la misma dinámica conceptual y arriba a la dialéctica del realismo psíquico (p. 19) como una respuesta *abrangente* y simetrizante (p. 19) en sintonía, tal vez, con la propuesta del pensador francés Bruno Latour. Sumado a esto, no deja de valorar a Miguel Ángel Huamán como un crítico importante en la tradición hermenéutica churariana y propone, también, lo local y lo universal impostergable para todo lector de Churata (pp. 20-21).

Y para culminar nuestra lectura de *El indigenismo de Orkopata* y *El pez de oro como obra al negro de la literatura peruana*, debemos dar lugar a las ideas del traductor, quien reconoce la protosistematización del *Boletín Titikaka* realizada por Badini. Esta es quizá la lectura más nueva de la tesis del investigador italiano que nos incumbe y agrega fundamentalmente —creemos— la idea de “pensamiento-multitud” (p. 106) en Churata, pero siempre desde la influencia de la interpretación y la aproximación de Badini. Esto se debe a que una lectura desde la oscuridad o lo negro significa el viaje de la semilla, las potencias de la raíz, el rizoma, el primer paso de la mezcla de elementos que conduciría al oro, el material principal del pez que buscaba aproximar Churata a nosotros. Es posible que este ejercicio, de una u otra manera, forme parte de quienes alquimizamos, en cada lectura de la obra del Oscuro de Puno, según el maestro del estudioso que reseñamos (el peruanista Antonio Melis), quien llevó a Riccardo Badini a un *ayllu* que, ahora, vuelve a una de sus fuentes y que debe volver siempre a sus fuentes *sicut cervus*.

Cesar Augusto López Nuñez
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
clopezn@unmsm.edu.pe
<https://orcid.org/0000-0002-1305-8899>